

Líbano: ¿Ante otra fase de destrucción?

Mariano Aguirre
Director,
Programa de Paz y Seguridad, FRIDE

La violencia ha vuelto a estallar en Líbano. Como ha ocurrido antes, en la guerra civil que asoló el país entre 1975 y 1990, durante la invasión de Israel para expulsar a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) en 1982, en el curso de la guerra entre las fuerzas israelíes y Hezbolá en 2006, y con motivo de la lucha entre el ejército y un grupo radical palestino en 2007.

Esta vez, el grupo chií Hezbolá (Partido de Dios), la fuerza militar y política más fuerte del país, decidió hacer una exhibición de poder para presionar al débil gobierno de coalición y conseguir más peso en las instituciones del Estado. Se calcula que el brazo armado de esta organización, la Resistencia Islámica, cuenta con unos 1.000 efectivos y un arsenal que le permitió enfrentarse y contener al ejército israelí en 2006.

A principios de mayo, el gobierno de coalición, sostenido especialmente por Estados Unidos y Francia, decidió ilegalizar la red de telefonía que ha organizado Hezbolá, y destituyó al jefe del aeropuerto de Beirut, un general miembro también de este grupo. El gobierno actuó empujado por el líder del Partido Socialista Progresista (PSP), Salid Yumblat, quién el 3 de mayo también exigió que se expulsara del país al embajador de Irán y se prohibiesen los vuelos de Iran Air a Beirut. Yumblat acusó a Hezbolá de estar preparando atentados, asesinatos y secuestros, y que Irán estaría facilitando armas a este grupo.

En los días siguientes, el ejército controló Beirut mientras Hezbolá se replegaba, pero los enfrentamientos entre esta organización chií y grupos armados suníes y cristianos se han extendido por otras ciudades y zonas del país. Pese a que la violencia ha disminuido, existe el temor de que Líbano pueda volver a sufrir una guerra civil.

Hezbolá y el grupo Amal (también chií) están abiertamente apoyados por Siria y se supone que por Irán, mientras que el gobierno de coalición (cristianos y suníes) tiene el apoyo de Francia, Estados Unidos y los gobiernos suníes de Arabia Saudí, Egipto y Jordania.

La influencia siria

Siria ocupó el país militarmente entre 1979 y 2005. En 2004, el primer ministro Rafia Hariri, ex socio de Damasco, se alió con París y Washington para acabar con la presencia siria en Líbano. París propuso a Washington hacer una alianza sobre Líbano para acabar con la influencia Siria y contener a Hezbolá. El resultado fue la Resolución 1559 del Consejo de Seguridad de la ONU que pidió que no se prolongase el mandato presidencial del Presidente Emile Lahoud, la retirada de las tropas sirias y el desarme de Hezbolá. Lahoud era visto por Occidente como favorable a la resistencia chií.

Desafiar a Damasco le costó la vida a Hariri, pero puso en marcha un movimiento popular que llevó a la salida de Siria en 2005. Su hijo, Saad Hariri, heredó su liderazgo. La creación de un tribunal internacional bajo mandato de la ONU para investigar las responsabilidades en el asesinato de Hariri ha sido desde entonces un factor de tensión, especialmente resistido por Siria y Hezbolá.

Siria ha continuado influyendo, de todos modos, sobre este país, que le sirve, a la vez, como protección geográfica y proyección respecto a Israel. Para Irán, el apoyo a Hezbolá, además de la afinidad política y religiosa, es una forma de ganar influencia en la región. La zona sur de Líbano está controlada por una fuerza internacional de 13.000 soldados bajo mandato de Naciones Unidas (UNIFIL II) en la que hay efectivos franceses, italianos y españoles, entre otros países.

UNIFIL II debe, entre otras misiones, evitar que Hezbolá lance ataques con misiles contra Israel, y que este país no invada Líbano, y facilitar la negociación sobre el territorio en disputa de las Granjas de Sheba. Igualmente, debe ayudar al ejército libanés a implementar el desarme de todos los grupos en Líbano, una tarea pendiente y por el momento imposible de alcanzar. En los últimos meses se ha intensificado la actividad militar en ambos lados de la frontera israelí-libanesa, y algunos analistas temen que puedan reanudarse los enfrentamientos. A la vez, ha proseguido el envío clandestino de armas a través de la frontera sirio-libanesa. A España le corresponde tomar en breve el mando de esta misión, que debe ser revisada en agosto de 2008.

Diversidad de identidades

Como respuesta ante las medidas del gobierno, Hezbolá tomó la semana pasada el aeropuerto y parte de Beirut y atacó los medios de comunicación que controla Hariri. "La decisión del gobierno, dijo Sayyed Hassan Nasrallah, jefe de Hezbolá, equivale a una declaración de guerra contra la resistencia, en beneficio de Estados Unidos e Israel".

Desde hace dos años, el gobierno y la oposición se encuentran en una negociación bloqueada. Hezbolá y el Movimiento para el Futuro tienen aliados entre los grupos cristianos y drusos. En los últimos seis meses no se ha podido llegar a un acuerdo para contar con un presidente y el parlamento no funciona.

Líbano es formal y contradictoriamente un Estado secular construido sobre una base confesional. Cuenta con diecisiete identidades religiosas legalmente reconocidas: cristianos maronitas, drusos, chiíes, suníes, cristianos ortodoxos, alawitas, protestantes y coptos, entre otros. De acuerdo con el pacto que promovió Francia en 1943, cuando dejó de ser potencia colonial, cada grupo tiene derecho a una cuota en las instituciones del Estado, incluyendo las fuerzas

armadas y acceso a empleo. Esa cuota se basa en el censo de 1932, que mostraba que el 54% de la población era entonces cristiana. Según el pacto postcolonial, el presidente sería maronita, el primer ministro musulmán suní, y el portavoz del parlamento un musulmán chií.

El acuerdo de Ta'if (1989) modificó y trató de adaptar la realidad institucional a los cambios demográficos, pero el principio de identidad comunitaria religiosa es un impedimento para la construcción y funcionamiento de un Estado unificado. Por ejemplo, casi todos los grupos comunitarios tienen su propia fuerza armada, que convive con el ejército central.

A la lista de identidades se añade una población palestina de alrededor de 410.000 personas que llegaron en sucesivas olas desde 1948, y que vive como refugiada en 16 campos en el país. Los palestinos tienen prohibidos una larga lista de derechos y trabajos respecto de los ciudadanos libaneses. En 2007, el grupo Fatah al Islam, aparentemente cercano a Al Qaeda, lanzó una ofensiva desde el campo de refugiados de Sidón contra el gobierno libanés, que acabó en una guerra localizada de varios meses entre este grupo y el ejército.

En más de seis décadas, la composición demográfica ha cambiado, y los cristianos son ahora minoría, y la mayoría musulmana suní está cuestionada por los chiíes. Hezbolá, el grupo que le representa, comenzó luchando contra Israel y Estados Unidos en los años ochenta, y ganó legitimidad al lograr que Israel se retirase de la zona que ocupaba en el sur del país en el año 2000. Hezbolá concentra en su identidad, como indica Olivier Roy del CNRS (París), ser un grupo "de afirmación confesional" que representa a la población chií que ha sido marginada durante mucho tiempo, una organización de resistencia contra Israel, y movimiento de liberación nacional.

Las tensiones regionales

El Ejército, pese a estar formado por las diferentes identidades, es la única institución que permanece unida, pero trata de estar al margen de los enfrentamientos. Su situación es muy particular porque provee estabilidad pero evita inmiscuirse en las luchas entre las diferentes facciones. Todos están de acuerdo que si interviniese, entonces la guerra civil sería inevitable. Debido a esto, la reciente ofensiva de Hezbolá es muy peligrosa porque, ante la amenaza de tomar el control del Estado, el gobierno podría decidir la utilización del Ejército. Por el momento, el primer ministro suni Fouad Siniora tuvo el cuidado de anunciar que no usaría el Ejército contra Hezbolá.

Por otro lado, Nasrallah siempre ha dicho que no usaría sus fuerzas contra otros grupos de Líbano, pero con su acción de estos días, y con alrededor de 80 víctimas mortales en la primera semana de enfrentamientos, ha dado a entender que podría usar las armas contra los suníes. La intención de Hezbolá no sería controlar Líbano, algo imposible dada la fragmentación de identidades y de poder, sino presionar al gobierno y a los otros grupos para que reconozcan su fuerza y le otorguen un papel más predominante en las instituciones.

Más a largo plazo, Hezbolá tiene interés en que se forme un gobierno de unidad nacional en el que tenga un peso predominante, formando una alianza con algunos grupos cristianos y tratando de obtener la sumisión de los suníes. Pero la organización, como señala Roula Khalaf del *Financial Times*, está también lanzando un mensaje a los gobiernos suníes de la región: una guerra en Líbano se convertiría muy pronto en una confrontación regional, implicando a Arabia Saudí, Egipto, Irán e Israel.

En principio, todos los gobiernos de la región quieren evitar que a las complejas y violentas situaciones en Iraq y Palestina se sume una nueva guerra en Líbano. Hasta ahora, Teherán y Riad mantienen un pacto implícito para evitar que la situación escale en Líbano. Algunos analistas, como Heleba Cobban, consideran que Estados Unidos e Irán también mantendrían un pacto implícito para que no escale la violencia. Pero esta es la carta principal de Hezbolá: o se le da el poder que quiere o podría agudizar la situación.

La cuestión es que Estados Unidos está presionando a sus aliados regionales de forma directa y a la Liga Árabe para que no se permita que en Líbano haya una reforma electoral ni se forme un nuevo gobierno que le de espacio institucional a Hezbolá. De esta forma, Washington sigue la misma línea que mantiene hacia Hamas en Palestina: por un lado, boicotear que se transformen en legítimos actores políticos por la vía electoral y, por otro, fortalecer las fuerzas armadas del gobierno pro-occidental.

Al iniciar su viaje a Israel el 13 de mayo, el presidente George W. Bush anunció que proveerá refuerzos al ejército libanés, una medida coordinada con Arabia Saudi, que también anunció que tomará medidas para limitar la influencia de Irán en Líbano. Reforzar el ejército, según Paul Salem, director del Carnegie Middle East Centre en Beirut, puede ser un “desastre” que lleve a una escalada en los enfrentamientos y acerque la situación a “una guerra civil”.

Líbano precisa, por un lado, una reforma interna basada en un pacto democrático entre las diferentes identidades para abandonar el comunitarismo, como indica el historiador y antiguo ministro de finanzas libanés Georges Corn. Es preciso separar el orden comunitario y el orden público, y avanzar hacia la abolición progresiva de partidos que sólo tengan una base comunitaria. En segundo lugar, se necesita delegar el uso legítimo de la fuerza en el Ejército. Esto supone el desarme de Hezbolá, algo que no se logrará mientras no se llegue a una negociación amplia y a un pacto de no agresión con Israel. Tercero, deberían cesar las interferencias directas e indirectas de países extranjeros, cuestión que debe ponerse en el complejo contexto regional de Oriente Medio.

Los comentarios de FRIDE ofrecen un análisis breve y conciso de cuestiones internacionales de actualidad en los ámbitos de la democracia, paz y seguridad, derechos humanos, y acción humanitaria y desarrollo. Todas las publicaciones de FRIDE están disponibles en www.fride.org

Las ideas expresadas por los autores en los documentos difundidos en la página web no reflejan necesariamente las opiniones de FRIDE. Si tiene algún comentario sobre el artículo o alguna sugerencia, puede ponerse en contacto con nosotros en comments@fride.org

Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior
C/ Goya, 5-7 pasaje 2ª - 28001 Madrid - Telf: 91 244 47 40 - Fax: 91 244 47 41 - E-mail : fride@fride.org
www.fride.org